

A man is shown from the chest up, looking down at a smartphone in his hands. The scene is dimly lit with vibrant, colorful light streaks in shades of blue, red, and yellow. The overall mood is mysterious and high-tech.

# BIBIS

DAVID FERNÁNDEZ SIFRES

JORGE GÓMEZ SOTO





GRAN  
ANGULAR

# Bis

DAVID FERNÁNDEZ SIFRES  
JORGE GÓMEZ SOTO



Primera edición: mayo de 2017

Edición ejecutiva: Paloma Jover  
Coordinación editorial: Paloma Muiña  
Coordinación gráfica: Marta Mesa  
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: David Fernández Sifres, Jorge Gómez Soto, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9438-6

Depósito legal: M-10973-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Yolanda y a Cecilia,  
con las que iríamos a cualquier fiesta.*



Tokio001 se ha incorporado a dthprty  
Dubai002 se ha incorporado a dthprty  
Bogotá003 se ha incorporado a dthprty

...

Moscú041 se ha incorporado a dthprty  
Melbourne042 se ha incorporado a dthprty

...

LosÁngeles074 se ha incorporado a dthprty  
Zurich075 se ha incorporado a dthprty  
Santander076 se ha incorporado a dthprty

...

100 % de miembros incorporados a dthprty



Entre los árboles se adivina la luz de un faro.

–Ya vienen.

Karol y Alice observan cómo la moto abandona la carretera y se detiene a unos metros de ellas con un derrape calculado. Dos sombras se bajan del ciclomotor, una por cada lado. Aunque se encuentran a escasos metros de ellos, la oscuridad impide que puedan distinguirlos.

–¿Karol? –la voz de Víctor disipa sus dudas.

Antes de que los chicos lleguen a su altura, ambas se miran.

–Siempre vienen –susurra Alice.

Hasta ahora, nadie se ha resistido a una cita con ellas.

–Pensábamos que nos ibais a dejar solas –dice, ya elevando la voz.

–Nos ha costado muchísimo elegir entre quedar con vosotras para ir a una fiesta secreta o ver una peli en la residencia –bromea Víctor–. Tranquilas, nos vais a tener todo el rato encima...

–Habla por ti, que yo soy un caballero ¿eh? –se hace el ofendido Martín.

–Sí, un caballero Jedi, que no puede... ya sabes –se burla Víctor, y vuelve a centrarse en las chicas–. ¿Lleváis mucho tiempo esperando?

–No, acabamos de llegar –dice Alice.

–Ummm. Ya había olvidado vuestros acentos.

–¿Desde ayer? –pregunta divertida Karol.

–No estuvimos con vosotras ni dos horas.

–Hoy será más.

Ellas son las primeras en franquear los restos del arco de ladrillo que da entrada a la finca y, al instante, las adelanta Martín, que ha vuelto a por la moto. Aparca unos metros más adelante, a un

lado del camino de tierra, en una explanada en la que motos, coches y un par de autobuses están colocados sin ningún orden, como dejados caer.

El lugar se encuentra cerca de una de las carreteras que atraviesan el bosque, a bastante distancia de la población más cercana. Las pisadas de los cuatro sobre la tierra se mezclan con el rumor de algún manantial oculto. El camino va descendiendo y girando lentamente hacia la derecha. Todavía no se aprecia nada que invite a pensar en una fiesta.

–¿Estáis seguras de que por aquí hay algo? ¿No nos habréis traído a este paraje oscuro y solitario para aprovecharos de nosotros? –pregunta Víctor con un tono de voz que impide saber si habla en serio–. Realmente, no sé qué preferiría... Bueno, sí.

–«Paraje» no sé lo que significa, aunque me lo imagino, pero «solitario»... con todos esos coches y motos...

Martín trata de reconducir la conversación:

–No conocíamos esta carretera. Yo creo que debe de pasar un coche cada tres años. Y la entrada de la finca casi ni se distingue. Si no nos llegáis a mandar la ubicación, no la habríamos encontrado ni de coña.

Alice observa a los chicos. Le resulta evidente que Víctor es el más descarado, y Martín, el prudente. De hecho, camina mirando a todas partes, como estudiando el terreno.

–¿Pero la fiesta es aquí? –insiste.

–Nos han dicho que al final de este camino.

–Pensaba que nos íbamos a encontrar con más gente.

–Por la hora que es, imagino que somos casi los últimos en llegar –interviene Karol–. En este tipo de fiestas no es bueno que se vean muchas personas juntas. Si pasa alguien por la carretera y ve follón en la entrada, la fiesta ya no sería secreta.

–¿Ves como no era una coña lo del secretismo? –Víctor le da una colleja a Martín.

–¿No os fiabais de nosotras? –Alice se hace la ofendida.

Martín muestra su sorpresa.

–Hombre, para habernos conocido ayer...

–¡Eh, que yo las conocí hace una semana! –interrumpe Víctor.

–Quiero decir en persona –aclara Martín–. Decía que, para habernos conocido ayer, nos estamos fiando bastante.

–Y más teniendo en cuenta que nos estáis llevando a lo oscuro....

–¡Qué pesado con lo oscuro! –protesta Alice.

Víctor sigue con la broma.

–Ni siquiera un rato de charla... ¡Aquí te pillo, aquí te mato!

Las dos chicas se paran de golpe. Martín se da cuenta de que se han asustado.

–Tranquilas, que es una expresión de aquí... Bueno, y el lema de Víctor –ríe.

Más adelante, el camino se ensancha. Lo flanquean varios camiones idénticos que parecen guiarlos hacia una nave inmensa en medio de aquel lugar perdido.

Víctor se anima al momento.

–Como todo lo que llevasen estos camiones esté ahí dentro, va a ser la hostia.

–No habéis hablado de la fiesta con nadie, ¿verdad? –pregunta Alice.

–Claro que no. Somos gente de palabra.

–¡Si hasta hace media hora no nos habéis mandado la ubicación!

–Claro, como no os fiáis de nosotros... –apoya Martín.

–¡Eh, que nosotras tampoco lo sabíamos hasta esta tarde!

–Nadie lo sabía hasta hoy, creo –añade Karol y, como si ella misma se lo hubiese recordado, saca el móvil y busca unos mensajes-. Por cierto, acordaos cada uno de vuestra clave. Víctor: d-t-h-p-r-t-y-2-1-1.

–Eso lo he leído yo antes en el oculista.

Karol ríe con la ocurrencia de Víctor y le golpea el hombro. En general, Karol ríe y habla más que Alice.

–Martín, la tuya es d-t-h-p-r-t-y-2-1-4.

–Me he quedado en la hache. Repite, que la apunto en el móvil.

–Y la mía también, *please* –dice Víctor.

A medida que se acercan, va tomando forma la figura de una persona en medio del camino, entre dos camiones que soportan antenas parabólicas. Es un hombre corpulento, lleva un traje de una talla menos y sujeta en la mano un dispositivo electrónico. Se coloca frente a ellos, cortándoles el paso, y les pide la clave.

–Sí, sí, tengo la clave –responde Víctor, y se queda mirando al hombre; Karol le tiene que dar un codazo para que reaccione-. Ah, sí, que te la diga, ¿no? D-t-h... Espera –dice, y echa un vistazo a su móvil-. D-t-h-p-r-t-y-2-1-1.

El vigilante pasa unas pantallas en su tableta antes de encontrar la de Víctor. Repite la contraseña dirigiendo la voz hacia el micrófono que lleva en la solapa. Se ajusta el pinganillo que asoma por su oreja y se queda inmóvil un instante. Al poco, asiente levemente con la cabeza. Le acerca la tableta a Víctor y le pide que teclee su número de teléfono.

—¿Y eso? —pregunta Martín.

El hombretón le mira un tanto contrariado. Responde sin ganas, como cansado de repetir siempre lo mismo:

—Seguridad. Para confirmar la clave.

Víctor teclea su número y, al terminar, un sonido acompañado de una vibración le indica que ha recibido algo en su móvil. Cuando lo mira, la pantalla le pide que confirme la clave.

—Menudo coñazo —murmura.

La introduce y el teléfono se queda varios segundos como suspendido. Martín y las chicas se acercan para ver qué ocurre. Finalmente, la pantalla se vuelve negra y aparecen varias líneas en el centro:

### *Reglas*

1.<sup>a</sup> *Debes acceder solo.*

2.<sup>a</sup> *Si abandonas la fiesta, no puedes volver a entrar.*

3.<sup>a</sup> *Disfruta.*

Abajo del todo, un botón de *Aceptar*, que Víctor pulsa por inercia.

El hombre repite el proceso con todos los demás y solo después les indica el orden de entrada: Víctor, Karol, Alice y Martín. Con dos minutos de diferencia entre cada uno.

—¿Y por qué tenemos que entrar así?

Martín vuelve a incomodar al segurata, pero antes de que este tenga que contestar, lo hace Víctor:

—¡Qué más da, tío! Son las reglas —Víctor mira a Martín y a las chicas—. Os echaré de menos —pronuncia de forma teatral—. A ti, dos minutos. A ti, cuatro. A ti, seis.

Martín niega con la cabeza y resopla.

—Anda, nos vemos dentro.